



La Santa Sede

CARTA DE SU SANTIDAD BENEDICTO XVI CON OCASIÓN DEL MILENARIO DE LA CATEDRAL DE BAMBERG

*A mi venerado hermano
Ludwig Schick
arzobispo de Bamberg*

He sabido con alegría que la archidiócesis de Bamberg celebra en estos días el milenario de su catedral imperial. De buen grado me uno en la alegría festiva a usted, excelencia, al reverendísimo obispo auxiliar, a los sacerdotes, a los diáconos y a los religiosos, así como a todos los fieles, y os expreso a todos mis mejores deseos de bendición.

En el sobresaliente edificio de la catedral de Bamberg, potencia y belleza se unen en un extraordinario testimonio de aquella fe de cuyo espíritu y fuerza nació esta sublime casa de Dios. La solemne celebración del milenario de su consagración, en la que participo íntimamente, puede llegar a ser para la archidiócesis de Bamberg el preludio del Año de la fe que proclamé para toda la Iglesia. Puede animaros a todos vosotros, sacerdotes y fieles, a redescubrir y profundizar aquella fe de la que vuestra espléndida catedral se yergue como testigo de piedra en el centro de la ciudad episcopal y de la Franconia. Por tanto, deseo invitaros a realizar mentalmente una «visita» a esa casa de Dios y a escuchar el mensaje que ella misma, aun sin usar palabras, nos anuncia de modo impresionante.

Lo que distingue a la catedral de todas las demás iglesias es la cátedra del obispo, situada en posición destacada. Por eso la llamamos catedral. La cátedra no es un trono, sino un púlpito para la enseñanza. De ella se difunde la palabra del obispo. Y los obispos, como sucesores de los Apóstoles, han sido instituidos por Dios, como enseña el concilio Vaticano II: «El que los escucha, escucha a Cristo; el que, en cambio, los desprecia, desprecia a Cristo y al que lo envió» (*Lumen gentium*, 20). El obispo, como maestro de la verdad católica, es garante de la unidad de la diócesis, de sus sacerdotes y de sus fieles, y esto sólo en sintonía con la comunidad de fe de la Iglesia universal, que abraza el espacio y el tiempo.

Prosiguiendo, nos encontramos ante el altar. Es el centro de la catedral. El altar es el lugar sagrado donde se ofrece el sacrificio eucarístico, donde la pasión, la muerte y la resurrección se hacen presentes cada día de nuevo. «Yo estoy con vosotros todos los días, hasta el final de los tiempos» (Mt 28, 20), prometió Jesús. Con intensidad única, la Iglesia se alegra de esta presencia en la Eucaristía, «fuente y culmen de toda la vida cristiana» (*Lumen gentium*, 11). Dicha fuente brota de este altar, y su flujo vivificante se derrama desde ahí en toda la diócesis. Además, ante este altar el obispo impone las manos a los jóvenes a quienes envía como sacerdotes a las comunidades. Allí se consagran los óleos sagrados —el del Crisma, el de los catecúmenos y el de los enfermos—, con los cuales se administran los santos sacramentos en toda la archidiócesis. En verdad, este altar es el corazón de toda la archidiócesis.

Aquí se nos revela la verdadera naturaleza escondida de la Iglesia. Aun constituyendo una comunidad compuesta por personas, es al mismo tiempo un misterio divino. Cuerpo de Cristo, casa de Dios, así la llama la Sagrada Escritura. La Iglesia de Jesucristo no es simplemente un grupo de intereses, una empresa común, en una palabra, una forma de sociedad humana que, por tanto, podría estar formada y guiada según reglas seculares, políticas, con medios temporales. Quien es llamado al servicio de la Iglesia no es un funcionario de la comunidad, sino que recibe el encargo y el mandato de Jesucristo, la Cabeza de su Cuerpo místico. Es Cristo mismo quien une a los fieles en una unidad llena de vida.

Nos detenemos luego ante el extraordinario monumento fúnebre de los santos Enrique y Cunegunda, realizado por Riemenschneider. Fueron cristianos ejemplares que por los sacramentos del Bautismo, la Confirmación y el Matrimonio recibieron el mandato y la misión al servicio del reino de Dios en el mundo. En esta pareja de reyes santos podéis reconocer, queridos hermanos y hermanas, lo que significa vivir como cristianos en el mundo y plasmarlo según el espíritu de Cristo. La tumba de la pareja imperial, así como la del rey Conrado III, os impulsan a anunciar la Palabra del Evangelio en la familia, en la profesión, en la sociedad, en la economía y en la cultura, y a forjar las realidades terrenas según su espíritu.

Por último, vuestra catedral custodia la tumba del Papa Clemente II, quien incluso después de su elección como sucesor de Pedro quiso seguir siendo obispo de Bamberg, dando así una notable prueba de la unidad de Bamberg con Roma. También esta tumba nos transmite un mensaje. Es un eco de las palabras que en cierta ocasión el Señor dijo a Pedro y, a través de su persona, a todos sus sucesores: Pedro, «sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y el poder del infierno no la derrotará» (Mt 16, 18). Estas palabras recuerdan que vuestra archidiócesis de Bamberg está construida sobre esta piedra. En estrecha comunión con el Sucesor del apóstol Pedro y con la Iglesia universal encontraréis, también en la actual crisis de fe, una certeza de fe y una confianza inquebrantables.

La cátedra del obispo, el altar y las tumbas de los patronos de vuestra diócesis, así como las de un Papa y un rey, han transmitido su mensaje en nuestro tiempo. Lo mismo hacen los fuertes

muros de la catedral, que custodian estos lugares sagrados. Son muros que han resistido a las tempestades de un milenio. Sobre ellos se han abatido las olas de las ideologías del siglo pasado hostiles a Dios y a los hombres. La casa estaba y sigue estando construida sobre piedra. Por último, están las cuatro altas torres de la catedral imperial, que apuntan hacia el cielo. Indican la meta de la peregrinación terrena de la Iglesia, como dice el lema del jubileo de la catedral: «Al encuentro del cielo». En este sentido, quiera Dios que el jubileo impulse «hacia el cielo» también a la Iglesia de Bamberg, a todos los fieles y a quienes visitan la catedral.

Conocer esta casa edificada sobre piedra, queridos hermanos y hermanas, puede reforzaros en la certeza de que el Señor no abandona a su Iglesia, tampoco en el futuro, aunque parezca difícil. En la Iglesia, de la que la catedral milenaria es un símbolo poderoso, también las generaciones futuras de fieles católicos encontrarán la patria del corazón y protección.

Que María, Madre de nuestro Señor, a la que llamáis con orgullo y con alegría duquesa de la Franconia, y los santos patronos de la diócesis Enrique y Cunegunda, sigan extendiendo su mano protectora sobre la catedral, sobre la ciudad, sobre la archidiócesis y sobre toda la Franconia. Con este deseo os imparto de corazón a todos la bendición apostólica.

Vaticano, 3 de mayo de 2012, fiesta de los Apóstoles Felipe y Santiago

BENEDICTO PP. XVI